

Antología

Author(s): Abraham Valdelomar

Source: *Revista Hispánica Moderna*, Año 35, No. 1/2 (Jan. - Apr., 1969), pp. 163-194

Published by: University of Pennsylvania Press

Stable URL: <http://www.jstor.org/stable/30218749>

Accessed: 27-06-2016 07:37 UTC

Your use of the JSTOR archive indicates your acceptance of the Terms & Conditions of Use, available at

<http://about.jstor.org/terms>

JSTOR is a not-for-profit service that helps scholars, researchers, and students discover, use, and build upon a wide range of content in a trusted digital archive. We use information technology and tools to increase productivity and facilitate new forms of scholarship. For more information about JSTOR, please contact support@jstor.org.



University of Pennsylvania Press is collaborating with JSTOR to digitize, preserve and extend access to *Revista Hispánica Moderna*

TEXTOS Y DOCUMENTOS

ABRAHAM VALDELOMAR: ANTOLOGÍA

FRAGMENTOS DE POESÍAS QUE SE CONSERVAN ENTRE LOS MANUSCRITOS DE VALDELOMAR.

*A VOSOTROS que gemís en las sombras herméticas,
de las prisiones húmedas, cuya trágica paz
sólo rompen las horas que desgrana a lo lejos
el bronce verde de una torre de la vetusta catedral;
a vosotros que mordéis en silencio
el grave tiempo que os acecha, lleno de calma y de crueldad,
a vosotros, a los inocentes, y a vosotros a los pecadores,
a vosotros hermanos del calabozo,
a vosotros que me preguntábais a través de los muros
—¿Si el sol habrá salido ya?
A vosotros hermanos de dolor, a vosotros, que sentís,
a lo lejos, el aleteo de la Libertad;
a vosotros, desde mi estancia clara,
fraternales y tristes, mis pobres versos van.*

*Recuerdo aún los pasos lentos
del carcelero mudo y grave que nos miraba sin cesar,
las voces de los que clamaban;
y vigilaba entre los muros
mientras volaban en las sombras
invisibles y graves
la Inocencia y el Crimen y el Odio en pos de la libertad,
¡Oh las horas pasadas en las.....
oh la tortura del silencio
oh el dolor de la oscuridad
el chirriar de las rejas y el breve parloteo
de las llaves que parecen conversar de cosas breves y banales
y anuncian al carcelero cuando viene y cuando va.*

*Ah, quién fuera tan libre para reír la vida,
para correr sin sombras a la orilla del mar,
ver al sol cara a cara,
gritar, cantar, hablar
con los árboles que en la prisión se mueren,
con las aves que saben gustar
al alejarse de la Tierra y olvidar
la última rama donde se posaron
con el arroyo alegre que siempre cantando y caminando va,
con todo lo que no tiene alma,
con todo lo que no tiene afán,*

*ni pasiones ni odios, ni ambiciones ni penas,
con todos ellos quisiera libre conversar.*

(Biblioteca Nacional: C. 5)

VAMOS AL CAMPO...

*VAMOS al campo, César. Pon tu mano en mi brazo.
deja tu nido, roto, ven al campo conmigo.
Para tu hondo dolor, mi corazón amigo
será como un piadoso y tranquilo regazo.*

*Iremos conversando, bajo la paz del cielo,
sobre las mustias hojas en la tarde serena.
Mientras se ponga el sol tú me dirás tu pena
y el viento cantará canciones de consuelo.*

*Un ave cruzará por el cielo encendido,
los sauces llorarán,
preludiarán los grillos su taciturno canto,
el ángelus será una mística cita.*

*y bajo un árbol viejo, de metálicas hojas,
ante nuestras pupilas veladas por el llanto
en la triste avenida de metálicas hojas
se esfumará la blanca sombra de Margarita.*

RITORNELLO

*Para vivir en el amor
basta que un alma nos sonría.
¿Qué nos importa que el dolor
con un rictus de vencedor
exhiba su máscara fría?
Para vivir en el amor
basta que un alma nos sonría.*

*Para luchar contra el destino
basta que un alma nos escude.
Torvo y siniestro, en el camino,
que el buho envidioso y cetrino
nos grite al paso y se demude.
Para luchar contra el destino
basta que un alma nos escude.*

*Para librarnos del olvido
basta que un alma nos comprenda,
¿qué importa el ser o no haber sido
o que el destino adverso, herido,
sus iras trágicas encienda?
Para librarnos del olvido
basta que un alma nos comprenda.*

Año de Gracia y del Señor MCMXVI.
Ciudad de los Visorreyes, mayo florido.

ABRE EL POZO

*Abre el pozo su boca, como vieja pupila
sin lágrimas. El ñorbo se envejeció trepando.
El horno que en la pascua cociera el bollo blando
como una gran tortuga, silenciosa, vigila.*

*La araña en los rincones, nerviosa y pulcra, hila
la artera geometría de su malla enredando.
Las abejas no vienen de libar, como cuando
miel destilaba el pecho que ahora dolor destila.*

*Los restos de mi dulce niñez busco en la oscura
soledad de las salas, en el viejo granero,
y sólo encuentro la honda tristeza del pasado.*

*El corazón me lleva por el viejo granero
y encuentro en los despojos, viejo, decapitado
el caballo de pino del que fui caballero.*

COBARDÍA ¹

*Sobre la arena mórbida que inquieto el mar azota
sombreando la cabaña vigila la palmera.
La «paraca» ² despeina su verde cabellera
y junto al pescador gira la alba gaviota.*

*La tortuga longeva pensando en la remota
malhadada aventura que la hizo prisionera
medita una evasión y realizarla espera
si el anciano se embriaga en el sopor que flota.*

*El asno bajo el viento abre y cierra los ojos.
El perro con desgano husmea los despojos
y enarcada la cola marcha a saciar su sed.*

*Duerme el cielo la siesta... La tortuga resuelve
fugar y de puntitas se aleja... pero vuelve
¡la estaba viendo huir, desde un rincón, la red!*

¹ Este soneto lo publicó Luis Fabio Xammar como inédito en su libro *Valdelomar: Signo* (1940). En *Obra poética de Abraham Valdelomar*. Prologada, compilada y anotada por Javier Cheesman (Lima, Talleres Gráficos P. L. Villanueva, 1958), lleva el título de «Cobardía» con que se publicó en *El Callao*, 18 de enero de 1935.

² Voz regional con que se designa un tipo de viento que azota en tirabuzón las costas de Ica.

LA DANZA DE LAS HORAS ³

*Hoy, que está la mañana fresca, azul y lozana;
hoy que parece un niño juguetón, la mañana,
y el sol parece como que quisiera subir
corriendo por las nubes, en la extensión lejana,
hoy quisiera reír...*

*Hoy, que la tarde está dorada y encendida;
en que cantan los campos una canción de vida
bajo el cóncavo cielo que se copia en el mar,
hoy, la Muerte parece que estuviera dormida,
hoy quisiera besar...*

*Hoy, que la Luna tiene un color ceniciento;
hoy, que me dice cosas tan ambiguas el viento,
a cuyo paso eriza su cabellera el mar;
hoy, que las horas tienen un sonido más lento,
hoy quisiera llorar...*

*Hoy, que la noche tiene una trágica duda
en que vaga en la sombra una pregunta muda;
en que se siente que algo siniestro va a venir,
que se baña en el pecho la Tristeza desnuda,
hoy quisiera morir...*

TRISTITIA

*Mi infancia que fue dulce, serena, triste y sola,
se deslizó en la paz de una aldea lejana
entre el manso rumor con que muere una ola
y el tañer doloroso de una vieja campana.*

*Dábame el mar la nota de su melancolía;
el cielo, la serena quietud de su belleza;
los besos de mi madre, una dulce alegría
y la muerte del sol una vaga tristeza.*

*En la mañana azul, al despertar, sentía
el canto de las olas como una melodía
y luego el soplo denso, perfumado, del mar.*

*Y lo que él me dijera aún en mi alma persiste;
mi padre era callado y mi madre era triste
y la alegría nadie me la supo enseñar...*

³ Publicado en *Balnearios*, núm. 292 (7 de enero de 1917). «La canción de la vida profunda» del colombiano Porfirio Barba Jacob tiene acentuadas reminiscencias de este poema de Valdelomar. Vid.: *Los poetas. Flores de varia poesía*. Bogotá, Ed. Minerva, 1936 (Biblioteca Aldeana de Colombia, 1).

EL HERMANO AUSENTE EN LA CENA DE PASCUA

*La misma mesa antigua y holgada de nogal,
y sobre ella la misma blancura del mantel
y los cuadros de caza de anónimo pincel
y la oscura alacena, todo, todo está igual...*

*Hay un sitio vacío en la mesa hacia el cual
mi madre tiende a veces su mirada de miel
y se musita el nombre del ausente; pero él
hoy no vendrá a sentarse en la mesa pascual.*

*La misma criada pone, sin dejarse sentir,
la succulenta vianda y el plácido manjar;
pero no hay alegría ni el afán de reír*

*que animaron antaño la cena familiar;
y mi madre que acaso algo quiere decir,
ve el lugar del ausente y se pone a llorar...*

LA CASA FAMILIAR ⁴

*Ya la casa está muerta. ¡Ya no es la misma casa!
El jardín florecido se extinguió... A la desierta
alcoba ya no sube, escaladora experta,
la vid, en frescos pámpanos, en racimos escasa.*

*Ya el asno con la alfalfa florecida no pasa
ni el viejo panadero se detiene a la puerta
ni platican los padres... ¡Ya la casa está muerta!
¡Ya no hay voces hermanas! Ya no es la misma casa.*

*Humedad, muros rotos. Un acre olor de olvido.
Hieráticas las viejas blancas aves marinas
se posan en la triste morada solitaria...*

*Y sobre los escombros del hogar extinguido
el ñorbo ⁵ abre en el aire su corona de espinas,
su corona de espinas perfumada y precaria!...*

⁴ Uno de los típicos poemas de Valdelomar que se une a «Tristitia», a «El hermano ausente...» a «El árbol del cementerio», etc. Formó parte del «Tríptico aldeano» que apareció en *La Prensa*, el 11 de enero de 1917; pero ya lo había publicado, cuatro días antes, la revista *Bañeros*, en su núm. 292. Javier Cheesman en su *Obra poética*, ya citada, anota: «Probablemente esta misma poesía fue recitada con el título de «La casa abandonada», por José Gálvez, en la velada que se hizo en honor de Abraham Valdelomar, el 22 de febrero de 1920».

⁵ Ñorbo. Pasionaria o granadilla.

EL ÁRBOL DEL CEMENTERIO ⁶

*No la tranquilidad de la arboleda
que ofrece sombra fresca y regalada
al remanso, al pastor y a la manada
y que paisaje bíblico remeda.*

*No el suspiro de la ola cuando rueda
a morir en la playa desolada,
ni el morir de la tarde en la callada
fronda que el ave taciturna hospeda*

*dieron a mi niñez esta en que vivo
sed de misterio torturante y honda:
fue del panteón el árbol pensativo*

*cuyas ramas inerte sombra daban
a la inclinada cruz, en cuya fronda
las torvas aves trágicas graznaban.*

LA VIAJERA DESCONOCIDA ⁷

*En el rostro anguloso de fiero perfil duro
se enseñorea el aire de su adusta mirada;
parece que viniera de una tierra ignorada,
habla un idioma extraño, sordo, lento y oscuro.*

*La cabeza inclinada en la cóncava mano,
el cuerpo agazapado en un gesto felino,
sus ojos son los ojos siniestros del Destino
y su boca la puerta de un insondable arcano.*

*Cuando el mar en las tardes su furor agiganta,
la ignota en un impulso violento se levanta
y las rojas quimeras del crepúsculo mira.*

*Pasa sobre la nave graznando una gaviota,
epilépticamente la dura hélice gira
y en la estela agitada la blanca espuma flota.*

⁶ El 24 de octubre de 1915 aparecieron en *Balnearios* tres poemas de Valdelomar: «El hermano ausente», «La desconocida» y «El árbol del cementerio de Pisco». Este último merece señalarse por un tono clásico, garcilasesco en su primer cuarteto que tiene reminiscencias en el tema del cementerio de Carlos Augusto Salaverry, de Luis Benjamín Cisneros y de Manuel González Prada. «El árbol del cementerio» ostenta ya una acentuación más original que sus anteriores poemas. J. Cheesman informa que lo escribió sobre el Atlántico en 1915.

⁷ Publicado por primera vez en *Revista*, Órgano del Centro Universitario (septiembre de 1913). Escrito a bordo del vapor que conducía a Valdelomar a Europa.

NOCTURNO ⁸

*Ya la ciudad está dormida,
yo solo cruzo su silencio
y tengo miedo que despierte
al suave roce de mis pasos lentos...*

*La iglesia eleva sus dos torres
en la oscuridad honda del cielo
y cruza el aire el pentagrama
del poste del teléfono.*⁹

*Pide limosna lamentable,
un mendicante viejo y ciego
y habla de Dios y dice: ¡Hermanos!
y tiende al aire su sombrero.*

*Pasa un borracho hinchado el rostro,
echa hacia mí su aliento fétido,
alza los brazos y gritando:
—¡Viva el Perú!— se cae al suelo.*

*La luz de un arco parpadea,
chocan sobre ella los insectos,
cambia a mis pasos la quebrada
rara silueta de los techos.*

*Duerme un cansado caminante
en el dintel amplio del templo
y allí en la esquina, junto a un poste,
con gravedad se mea un perro.*

*Ya la ciudad está dormida,
yo solo cruzo su silencio
y me parece que alguien sigue
mis pasos a lo lejos...*

*Un auto lleno de farautes ¹⁰
pasa, alborota, insulta; entre ellos
van las criollas cortesanías
zambas, pintadas y de pies pequeños.*

*Ya la ciudad está dormida,
yo solo cruzo su silencio:
repite el eco en el vacío
el duro golpe de mis pasos lentos.*

*De estas cien mil almas que duermen
¿cuál soñará lo que yo pienso?
¿Acaso aquélla que esta tarde
sonrió a mi paso y me miró en silencio?*

*En los siniestros hospitales
se moverán insomnes los enfermos...
¿Quién llorará desconsoladamente?
¿Quién se estará muriendo?*

*¿En cuántos labios juveniles
se encontrarán frases y besos?
¡Cuántas mentiras adorables!
¡Qué desgraciados estarán naciendo!*

*Y ella en la muda alcoba blanca,
rosado y tibio su jugoso cuerpo,
extenderá su cabellera rubia
sobre las rojas flores de sus senos.*

*Y una sonrisa insinuarán sus labios
y su nariz aspirará deseos
¡y yo estoy vivo, yo lo sé y la adoro
y ahora no puedo darla ¹¹ un beso!*

*Y pasarán, inexorables
horas y días, juventud y sueños.
Hoy tengo miedo de morirme.
¡Qué solo debe estar el cementerio!*

*Ya la ciudad está dormida
y sólo cruza su silencio
el ruido que hace la pesada
negra carroza de los muertos...*

⁸ Otra descripción de una ciudad, pero en ella se aprecia una nueva posición o ubicación, señalándose ya algunos rasgos típicamente postmodernistas. Apareció en *Alma Latina*, núm. 9 (10 de nov. de 1915) y luego en *Las voces múltiples*.

⁹ Pentagrama: las cinco líneas paralelas donde se escribe la música. «Cruza el aire el pentagrama del poste del teléfono», figura literaria de acuerdo con el futurismo mecanicista, con el progreso de motores y vías de comunicación eléctrica.

¹⁰ Personas bulliciosas y entrometidas.

¹¹ «Darla un beso» es «laísmo», debe ser «darle». Hay en estos versos un ligero matiz becqueriano que se acentúa en el próximo cuarteto.

CONFITEOR

I

Mi alma se hastía inexplicablemente

*Yo no sé, la verdad, porqué ya no la quiero,
porqué cuando ella viene mi corazón se va...
Ella es la misma, espléndida, rubia, fresca, jugosa,
con la misma pasión y la misma vidriosa
mirada azul... Dios mío ¿por qué no la amo ya?*

*Cuando estoy lejos de ella, mi carne la reclama,
pasa por mi cerebro con resplandor de llama,
pero mi corazón ni la siente ni la ama...*

*Yo he llorado su ausencia largos días siniestros;
y como yo he llorado nadie supo llorar;
ella está en mi memoria perennemente bella
y ahora, cuando ella viene, mi corazón se va...*

VIII

*Delante de ella mi alma tiembla
como un junco débil*

*Nada ha conmovido mi alma
como ella, sin quererlo, la conmovió;
nada pudo hacer de mí un siervo,
nada pudo cambiar el raudo vuelo de mi yo;
pero hoy siento que todo le pertenezco,
que ya soy un abúllico, que soy
su siervo, su amigo, su perro... Todo lo que los otros han hecho
sería capaz de hacer yo.*

*¡Ah! si ella me mirara
no sé que haría con mi alma ni donde ocultaría lleno de temor mi corazón.*¹²

X

No todos pueden comprender

*Los que no la conozcan; los que no hayan sentido
su mirada; los que no hayan visto su frente llena de honda meditación;
los que no hayan contemplado el lienzo de Burne Jones
donde está el Ángel de la Anunciación;*

¹² En el texto original este verso aparece con otro tipo de letra. La tipografía ya aparece en esta poesía sirviendo para los especiales avisos que el autor quiere dar sobre la intencionalidad de ciertas oraciones o frases.

*los que no hayan soñado con ella antes de conocerla;
 los que no tengan la maravillosa concepción
 de la belleza Verdadera
 hecha de carne, de línea, de espíritu y de amor,
 no podrán comprender nunca
 cuánto y por qué la quiero yo.*

XI

Mi amor animará el mundo

*¿Qué haré el día en que sus ojos
 tengan para mí una mirada de amor?
 Mi alma llenará el mundo de alegría,
 la Naturaleza vibrará con el temblor de mi corazón,
 todos serán felices:
 el cielo, el mar, los árboles, el paisaje... Mi pasión
 pondrá en el universo, ahora triste,
 las alegres notas de una divina coloración;
 contarán las aves, las copas de los árboles
 entonarán una balada; hasta el panteón
 llegará la alegría de mi alma
 y los muertos sentirán el soplo fresco de mi amor.*

XII

¿Es posible sufrir?

*¿Quién dice que la vida es triste?
 ¿Quién habla de dolor?...
 ¿Quién se queja?... ¿Quién sufre?... ¿Quién llora?*

XIV

Aseveración

Ella es hecha personalmente por Dios!

XV

Salmos

*¡Clemencia! ¡Clemencia! ¡Clemencia!
 Por fin te hallé en el mundo; para ti fui creado yo!
 Ya estamos juntos, vamos de la mano
 a darle las gracias al Señor.
 Recemos en silencio,
 arrodillados musitemos la primera oración...
 Ahora comprendo porqué he sufrido tanto,*

*ahora comprendo el Amor,
ahora comprendo la Vida,
ahora los dos
somos un beso, un cuerpo, un espíritu, una verdad fecunda
Ah! Qué bueno era Dios!*

A MIS HERMANOS JOSÉ ROBERTO Y ANFILOQUIO ¹³

*En el ñorbo del jardín hicieron un nido los gorriones,
recordáis?
De niño yo lloraba siempre,
recordáis?
De niño yo tenía miedo de las sombras,
recordáis?
De niño yo era alegre como un cabritillo,
recordáis?
Vosotros me llevábais en los hombros,
recordáis?
Cuando mamá se ausentó, vosotros velábais mi sueño,
recordáis?
Eramos siete hermanos,
recordáis?
Un día yo me volví triste para siempre,
recordáis?
Y un día seréis seis hermanos,
no me olvidéis!*

ABRAHAM

YERBASANTA

EL AUTOR A LOS SENCILLOS LABRADORES CRISTIANOS DE LA ALDEA ¹⁴

Como el de la Virgen que está en el altar de la capilla del pueblo atravesado por siete espadas, llorando lágrimas de sangre, así está hoy mi corazón, compañeros, por los dolores del Mundo. Por eso dirijo hacia vosotros mis palabras. El recuerdo de los campos por cuyos ánimos sinuosos fui tantas veces de niño, cuando mi alma era blanca y leve como los campos maduros de los algodonereros, es hoy, para mí, un lenitivo; la paz que necesita mi corazón, la encontré evocando los días de la semana santa; la sana alegría desaparecida que busco en vano, he de hallarla quizás evocando la vendimia que hicimos juntos en las parras de la hacienda, las nocturnas pisas en el lagar antiguo, el alegre canto que ritmaban vuestros cuerpos sobre la uva madura, al sordo son de los tambores de pellejo de cabra; la guitarra, la copla...

¹³ Este poema aparecido entre las páginas de *El caballero Carmelo*, es una de las clásicas predicciones de los poetas, pues Valdelomar murió antes que sus hermanos.

¹⁴ Prólogo de la novela corta *Yerbasanta*, de un intenso lirismo que hizo a Javier Cheesman incluirlo entre los poemas en prosas en su *Obra poética de Abraham Valdelomar*, ed. cit.

Como el hijo pródigo volví a vosotros después de la ruda peregrinación y me abristeis vuestros brazos, alborozados, y yo os abrí mi pecho; y me sonrieron las mozas ruborizadas y cándidas mientras arreglaban el pliegue de sus faldas floreadas y tersas; y me llevasteis al huerto y juntos cojimos los azahares del paca¹⁵ que nuestras manos sembraron cabe el broquelado pozo y juntos fuimos en pos de la vieja parra, del floripondio,¹⁶ de la alameda de sauces. Y me recordasteis ¡oh viejos y amigos y parientes! y refrescasteis mi corazón, endulzasteis mi vida, embalsamaisteis mis heridas, y al dejaros, quizás para siempre, echaisteis sobre mi cabeza, inquieta y triste, con vuestras manos buenas cual alas de palomas el puñado de monedas de oro de vuestras bendiciones.

Agobiado por ellas pueda reposar mi cuerpo, cansado y joven, bajo los toñuces, en el cementerio del pueblo. Rezad por mí, oh viejos y mozos del campo cristiano!, mientras yo os dedico las últimas flores de mi espíritu y mientras voy, por la doliente ruta llena de asaltos y celadas, con el cuerpo cubierto de heridas, hacia el punto invisible, cercano, inevitable y definitivo, hacia la tumba donde pondréis las simbólicas flores albas, secas y finas de los algodoneros...

LOS OJOS DE JUDAS

I

El puerto de Pisco aparece en mis recuerdos como una mansísima aldea, cuya belleza serena y extraña acrecentaba el mar. Tenía tres plazas. Una, la principal, enarenada, con una suerte de pequeño malecón, barandado de madera, frente al cual, se detenía el carro que hacía viajes «al pueblo»; otra, la desolada plazoleta donde estaba mi casa, que tenía por el lado de oriente una valla de toñuces; y la tercera, al sur de la población, en la que había de realizarse esta tragedia de mis primeros años.

En el puerto yo lo amaba todo y todo lo recuerdo porque allí todo era bello y memorable. Tenía nueve años, empezaba el camino sinuoso de la vida y estas primeras visiones de las cosas, que no se borran nunca, marcaron de manera tan dulcemente dolorosa y fantástica el recuerdo de mis primeros años que así formóse el fondo de mi vida triste. A la orilla del mar se piensa siempre: hay el continuo ir y venir de las olas; la perenne visión del horizonte; los barcos que cruzan el mar a lo lejos sin que nadie sepa su origen o rumbo; las neblinas matinales durante las cuales los buques perdidos pitean clamorosamente, como buscándose unos a otros en la bruma, cual ánimas desconsoladas en un mundo de sombras; las «paracas», aquellos vientos que arrojan a la orilla a los frágiles botes y levantan columnas de polvo monstruosas y livianas; el ruido cotidiano del mar, de tan extraños tonos, cambiantes como las horas; y a veces, en la apacible serenidad marina, el surgir de rugidores animales extraños, tritones pujantes, hinchados, de pequeños ojos y viscoso color, cuyos cuerpos chasquean las aguas al cubrirlos desordenadamente.

En las tardes, a la caída del sol, el viaje de los pájaros marinos, que vuelven del norte en largos cordones, en múltiples líneas, escribiendo en el cielo no sé qué extrañas palabras. Ejércitos inmensos de viajeros de ignotas regiones, de inciertos parajes, que van hacia el sur agitando rítmicamente sus alas negras, hasta esfumarse, azules, en el oro crepuscular. En la noche en la profunda oscuridad misteriosa, en el arrullo solemne de las aguas, vanas luces que surgen y se pierden a lo lejos como vidas estériles. En mi casa, mi dormitorio

¹⁵ Fruto del Perú que tiene unas vainas largas que contienen una comida blanca que envuelve abundantes pepas negras.

¹⁶ Arbolito solanáceo del Perú, con flores blancas en forma de embudo.

tenía una ventana que daba hacia el jardín cuya única vid desmedrada y raquítica, de hojas carcomidas por el salitre, serpenteaba agarrándose en los barrotes oxidados. Al despertar abrí yo los ojos y contemplaba, tras el jardín, el mar. Por allí cruzaban los vapores con su plumiza cabellera de humo que se diluía en el cielo azul. Otros llegaban al puerto, creciendo poco a poco, rodeados de gaviotas que flotaban a su lado como conos de espuma y, ya fondeados, los rodeaban pequeños botecillos ágiles. Eran entonces los barcos como cadáveres de insectos, acosados por hormigas hambrientas.

Levantábame después del beso de mi madre, apuraba el café humeante en la taza familiar, tomaba mi cartilla e íbame a la escuela por la ribera. Ya en el puerto, todo era luz y movimiento. La pesada locomotora, crepitante, recorría el muelle. Chirriaban como desperezándose los rieles enmohecidos, alistaban los pescadores sus botes, los fleteros empujaban sus carros en los cuales los fardos de algodón hacían pirámide, sonaba la alegre campana del «cochecito»; cruzaban en sus asnos pacientes y lanudos, sobre los hatos del alfalfa, verde y florecida en azul, las mozas del pueblo; llevaban otras en cestos de caña brava la pesca de la víspera y los empleados, con sus gorritas blancas de viseras negras, entraban al resguardo, a la capitania, a la aduana y a la estación del ferrocarril. Volvía yo antes del mediodía de la escuela por la orilla cogiendo conchas, huesos de aves marinas, piedras de raro color, plumas de gaviotas y yuyos que eran cintas multicolores y transparentes como vidrios ahumados, que arrojaba el mar.

II

Mi padre que era empleado en la Aduana tenía un hermoso tipo moreno. Faz tranquila, brillante mirada, bigote pródigo. Los días de llegada de algún vapor vestíase de blanco y en la falúa rápida, brillante y liviana, en cuya popa agitada por el viento ondeaba la bandera, iba mar afuera a recibirlo. Mi madre era dulcemente triste. Acostumbraba llevarnos todas las tardes a mi hermanita y a mí a la orilla a ver morir el sol. Desde allí se veía el muelle, largo con sus aspas monótonas, sobre las que se elevaban las efes de sus columnas, que en los cuadernos, en la escuela, nosotros pintábamos así:

f f f f

Pues de los ganchitos de las *efes* pendían los faroles por las noches. Mi padre volvía por el muelle, al atardecer, nos buscaba desde lejos, hacíamos señales con los pañuelos, y él perdía un momento tras de las oficinas al llegar a tierra para reaparecer a nuestro lado. Juntos veíamos entonces «la procesión de las luces» cuando el sol se había puesto y el mar sonaba ya con el canto nocturno muy distinto del canto del día. Después de la procesión regresábamos a casa y durante la comida papá nos contaba todo lo que había hecho en la tarde.

Aquel día, como de costumbre, habíamos ido a ver la caída del sol y esperar a papá. Mientras mi madre sobre la orilla contemplaba silenciosa el horizonte, nosotros jugábamos a su lado, con los zapatos enarenados, fabricando fortalezas de arena y piedras que destruían las olas al desmayarse junto a sus muros, dejando entre ellos su blanquísima espuma. Lentamente caía la tarde. De pronto mamá descubrió un punto en el lejano límite del mar.

—¿Ven ustedes? nos dijo preocupada —¿no parece un barco?

—Sí, mamá, respondí. Parece un barco...

—¿Vendrá papá? —interrogó mi hermana.

—Él no comerá hoy con nosotros, seguramente, agregó mi madre. Tendrá que recibir ese barco. Vendrá de noche. El mar está muy bravo. Y suspiró entristecida...

El sol se ahogó en sangre en el horizonte. El barco se divisó perfectamente recortado en el fondo acre. Sobre el puerto cayó la noche. En silencio emprendimos la vuelta a casa, mientras encendían el faro del muelle y desfilaba «la procesión de las luces».

Así decíamos a un carro lleno de faroles que salía de la capitanía y era conducido sobre el muelle por un marinero, quien a cada cincuenta metros se detenía, colocando sobre cada poste un farol hasta llegar al extremo del muelle extendido y lineal; mas como esta operación hacíase entrada la noche, sólo se veían avanzando sobre el mar las luces, sin que el hombre ni el carro ni el muelle se viesen, lo que daba a ese fanal un aspecto extraño y quimérico en la profunda oscuridad de esas horas.

Parecía aquel carro un buque fantasma que flotara sobre las aguas muertas. A cada cincuenta metros se detenía y una luz suspendida por invisible mano iba a colgarse en lo alto de un poste invisible. Así, a medida que el carro avanzaba, las luces iban quedando inmóviles en el espacio como estrellas sangrientas; y el fanal iba disminuyendo su brillor y dejando sus luces a lo largo del muelle como una familia cuyos miembros fueran muriendo sucesivamente de una misma enfermedad. Por fin la última se quedaba oscilando al viento, muy lejos, sobre el mar que rugía en las profundas tinieblas de la noche.

Cuando se colgó el último farol nosotros cogidos de la mano de mi madre abandonamos la playa tornando al hogar. La criada nos puso los delantales blancos. La comida fue en silencio. Mamá no tomó nada. Y en el mutismo de esa noche triste yo veía que mamá no quitaba la vista del lugar que debía ocupar mi padre, que estaba intacto con su servilleta doblada en el aro, su cubierto reluciente y su invertida copa. Todo inmóvil. Sólo se oía el chocar de los cubiertos con los platos o los pasos apagados de la sirvienta, o el rumor que producía el viento al doblar los árboles del jardín. Mamá sólo dijo dos veces con su voz dulce y triste:

—Niño, no se toma así la cuchara...

—Niña, no se come tan de prisa...

III

Papá debió volver muy tarde, porque cuando yo desperté en mi cama, sobresaltado al oír una exclamación, sonaron frías, lejanas, las dos de la madrugada. Yo no oí en detalle la conversación de mis padres, pero no puedo olvidar algunas frases que se me han quedado grabadas profundamente.

—¡Quién lo hubiera creído!—decía papá. —Tú conoces a Luisa, sabes cuán honorable y correcto es su marido...

—¡No es posible, no es posible!—respondió mi madre, con voz medrosa.

—Ojalá no lo fuese. Lo cierto es que Fernando está preso; el juez cogió al niño y amenazó a Luisa con detenerlo si ella no decía la verdad, y ya ves, la pobre mujer lo ha declarado todo. Dijo que Fernando había venido a Pisco con el exclusivo objeto de perseguir a Kerr, pues había jurado matarlo por una vieja cuestión de honor...

—¿Y ella ha delatado a su marido? ¡Qué horrible traición, qué horrible!

—¿Y qué cuestión ha sido esa?...

—No ha querido decirlo. Pero admírate. Esto ha ocurrido a las cuatro de la tarde; Kerr ha muerto a las cinco a consecuencia de la herida, y cuando trasladaban su cadáver se promovió en la calle un gran tumulto, oímos gritos y exclamaciones terribles, fuimos hacia allí y hemos visto a Luisa gritar, mesarse los cabellos y, como loca, llamar a su hijo. Se lo habían robado!

—¿Le han robado a su hijo?

Sentí los sollozos de mi madre. Asustado me cubrí la cabeza con la sábana y me puse a rezar, inconsciente y temeroso, por todos esos desdichados a quienes no conocía.

—*Dios te salve María, llena eres de gracia, el Señor es contigo. Bendita eres...*

Al día siguiente, de mañana, trajeron una carta con un margen de luto muy grande y papá salio a la calle vestido de negro.

IV

Recuerdo que al salir de la población, pasé por la plazuela que está al fin del barrio «del Castillo» y empecé a alejarme en la curva de la costa hacia San Andrés, entretenido en coger caracoles, plumas y yerbas marinas. Anduve largo rato y pronto me encontré en la mitad del camino. Al norte, el puerto ya lejano de Pisco aparecía envuelto en un vapor vibrante, veíanse las casas muy pequeñas, y los pinos, casi borrados por la distancia, elevábanse apenas. Los barcos del puerto tenían un aspecto de abandono, cual si estuvieran varados por el viento del Sur. El muelle parecía entrar apenas en el mar. Recorrí con la mirada la curva de la costa que terminaba en San Andrés. Ante la soledad del paisaje, sentí cierto temor que me detuvo. El mar sonaba apenas. El sol era tibio y acariciador. Una ave marina apareció a lo lejos, la vi venir muy alto, muy alto, bajo el cielo, sola y serena como una alma; volaba sin agitar las alas deslizándose suavemente, arriba, arriba. La seguí con la mirada, alzando la cabeza, y el cielo me pareció abovedado, azul e inmenso, como si fuera más grande y más hondo y mis ojos lo miraron más profundamente.

El ave se acercaba, volví la cara y vi la campiña tierra adentro, pobre, alargándose en una faja angosta, detrás de la cual comenzaba el desierto vasto, amarillo, monótono, como otro mar de pena y desolación. Una ráfaga ardiente vino de él hacia el mar.

En medio de esa hora me sentí solo, aislado, y tuve la idea de haberme perdido en una de esas playas desconocidas y remotas, blancas y solitarias donde van las aves a morir. Entonces sentí el divino prodigio del silencio; poco a poco se fue callando el rumor de las olas, yo estaba inmóvil en la curva de la playa y al apagarse el último ruido del mar, el ave se perdió a lo lejos. Nada acusaba ya a la Humanidad ni a la vida. Todo era mudo y muerto. Sólo quedaba un zumbido en mi cerebro que fue extinguiéndose, hasta que sentí el silencio, claro, instantáneo, preciso. Pero sólo fue un segundo. Un extraño sopor me invadió luego, me acosté en la arena, llevé mi vista hacia el sur, vi una silueta de mujer que aparecía a lo lejos, y mansamente, dulcemente, como una sonrisa, se fue borrando todo, todo, y me quedé dormido.

V

Desperté con la idea de la mujer que había visto venir al dormirme, pero en vano la buscaron mis ojos, no estaba por ninguna parte. Seguramente había dormido mucho, y durante mi sueño, la desconocida, que tenía un vestido blanco, había podido recorrer toda la playa. Observé, sin embargo, los pasos que venían por la orilla. Menudos rastros de mujer que el mar había borrado en algunos sitios, circundaban el lugar donde yo me había dormido y seguían hacia el puerto.

Pensativo y medroso no quise avanzar a San Andrés. El sol iba a ponerse ya, y restregándome los ojos, siguiendo los rastros de la desconocida, emprendí la vuelta por la orilla. En algunos puntos el mar había borrado las huellas, buscábalas yo, adivinándolas casi, y por fin las veía aparecer sobre la arena húmeda. Recogí una conchita rara la eché en mi bolsillo y mi mano tropezó con un extraño objeto. ¿Qué era? Una medalla de la Purísima, de plata, pendiendo de una cadena delgada, larga y fría. Examiné mucho el objeto y me convencí de que alguien lo había puesto en mi bolsillo. Tuve una sospecha, la mujer; quise arrojarle, pero me detuve.

Guardé la medalla y cavilando en el hallazgo, llegué a casa cuando el sol se ponía. Mi curiosidad hizo que callara y ocultara el objeto; y al día siguiente, martes de Semana Santa, a la misma hora, volví. El mar durante la noche había borrado las huellas donde me acostara la víspera, pero aproximadamente elegí un sitio y me recosté. No tardó en aparecer la silueta blanca. Sentí un violento golpe en el corazón y un indecible temor. Y sin embargo tenía una gran simpatía por la desconocida que vestida de blanco se acercaba.

El miedo me vencía, quería correr y luchaba por quedarme. La mujer se acercaba cada vez más. Me miró desde lejos, quise irme aún; pero ya era tarde. El miedo y luego la apacible mirada de aquella mujer me lo impedían. Acercóse la señora. Yo de pie, quitándome la gorra le dije:

—Buenas tardes, señora...

—¿Me conoces?...

—Mamá me ha dicho que se debe saludar a las personas mayores...

La señora me acarició sonriendo tristemente y me preguntó:

—¿Te gusta el mar?...

—Sí, señora. Vengo todas las tardes.

—¿Y te quedas dormido?...

—¿Usted vino ayer, señora?...

—No; pero cuando los niños se quedan dormidos a la orilla del mar, y son buenos, viene un ángel y les regala una medalla.

—¿A ti te ha regalado el ángel?...

Yo sonreí incrédulo: la dama lo comprendió, y conversando, perdido el temor hacia la señora vestida de blanco, cogido de su mano, emprendí la vuelta a la población.

Al llegar a la plazuela del Castillo, vimos unos hombres que levantaban una especie de torre de cañas.

—¿Qué hacen esos hombres? —me preguntó la señora.

—Papá nos ha dicho que están preparando el castillo para quemar a Judas el sábado de gloria.

—¿A Judas? ¿Quién te ha dicho eso? y abrió desmesuradamente los ojos.

—Papá dice que Judas tiene que venir el sábado por la noche y que todos los hombres del pueblo, los marineros, los trabajadores del muelle, los cargadores de la estación, van a quemarlo, porque Judas es muy malo... Papá nos traerá para que lo veamos...

—¿Y tú sabes por qué lo queman?...

—Sí, señora, mamá dice que lo queman porque traicionó al Señor...

—¿Y no te da pena que lo quemen?...

—No, señora. Que lo quemen. Por él, los judíos mataron a Nuestro Señor Jesucristo. Si él no lo hubiese vendido, ¿cómo habrían sabido quién era, los judíos?...

La señora no contestó. Seguimos en silencio hasta la población. Los hombres se quedaron trabajando y al despedirse la señora blanca me dio un beso y me preguntó:

—¿Dime, tú no perdonarías a Judas?...

—No, señora blanca, no lo perdonaría.

La dama se marchó por la orilla oscura y yo tomé el camino de mi casa.

VI

Estuve varios días sin volver a la playa, pero el sábado de gloria en que debían quemar a Judas, salí a la playa para dar un paseo y ver en la plaza el cuerpo del criminal, pues según papá, ya estaba allí esperando su castigo el traidor, rodeado de marineros, cargadores, hombres del pueblo y pescadores de San Andrés. Salí a las cuatro de la tarde y me fui caminando por la orilla. Llegué al sitio donde Judas, en medio del pueblo, se elevaba, pero le tenían cubierto con una tela y sólo se le veía la cabeza. Tenía dos ojos enormes, abiertos, iracundos; pero sin pupilas y la inexpresiva mirada se tendía sobre la inmensidad del mar. Seguí caminando y al llegar a la mitad de la curva, distinguí a la señora blanca que venía del lado de San Andrés. Pronto llegó hasta mí. Estaba pálida y me pareció enferma. Sobre su vestido blanco y bajo el sombrero alón, su rostro tenía una palidez de marfil. ¡Era tan blanca! Sus facciones afiladas parecían no tener sangre; su mirada era húmeda, amorosa y penetrante. Hablamos largo rato.

—¿Has visto a Judas?

—Lo he visto, señora blanca...

—¿Te da miedo?...

—Es horrible... A mí me da mucho miedo...

—¿Y ya le has perdonado?...

—¿No, señora, yo no lo perdono. Dios se resentiría conmigo si lo perdonase...

—¿Usted viene esta noche a verlo quemar?...

—Sí.

—¿A qué hora?...

—Un poco tarde. ¿Tú me reconocerías de noche?... ¿No te olvidarías de mi cara? Fíjate bien —y me miró extrañamente—. Fíjate bien en mi cara... Yo vendré un poco tarde... Dime, le has visto tú los ojos a Judas.

—Sí señora. Son inmensos, blancos, muy blancos.

—¿Dónde miran?...

—Al mar...

—¿Estás seguro? ¿Miran al mar? ¿Te has fijado bien?...

—Sí, señora blanca, miran al mar...

Sobre la arena donde nos habíamos sentado, la señora miró largamente el océano. Un momento permaneció silenciosa y luego ocultó su cara entre las manos. Aun me pareció más pálida.

—Vamos —me dijo.

Yo la seguí. Caminamos en silencio a través de la playa, pero al acercarnos a la plazuela donde estaba el cuerpo de Judas, la señora se detuvo y mirando al suelo me dijo:

—Fíjate bien en él... Me vas a contar a donde mira. Fíjate bien... Fíjate bien.

Y al pasar ante el cuerpo, ella volvió la cara hacia el mar, para no ver la cara de Judas. Parecía temblar su mano, que me tenía cogido por el brazo, y al alejarnos me decía:

—Fíjate adonde mira, de qué color son sus ojos, fíjate, fíjate...

Pasamos. Yo tenía miedo. Sentía temblar fuertemente a la señora, que me preguntó nuevamente:

—¿Dónde miran los ojos?...

—Al mar, señora blanca... Bien lejos, bien lejos...

Ya era tarde. La noche empezó a caer y las luces de los barcos se anunciaron débilmente en la bahía. Al llegar a la altura de mi casa, la señora me dio un beso en la frente, un beso muy largo y me dijo:

—¡Adiós!

La noche tenía un color brumoso, pero no tan negro como otras veces. Avancé hasta mi casa pensativo, y encontré a mi madre, llorando, porque debía salir un barco a esa hora y papá debía ir a despacharlo. Nos sentamos a la mesa. Allí se oía rugir el mar, poderoso y amenazador. Madre no tomó nada y me atreví a preguntarle:

—Mamá, no vamos a ver quemar a Judas?...

—Si papá vuelve pronto. Ahora vamos a rezar...

Nos levantamos de la mesa. Atravesamos el patiecillo. Mi hermana se había dormido y la criada la llevaba en brazos. La luna se dibujaba opacamente en el cielo. Llegamos al dormitorio de mi madre y ante el altar, donde había una virgen del Carmen muy linda, nos arrodillamos. Iniciamos el rezo. Mamá decía la oración:

—Por los caminantes, navegantes, cautivos cristianos y encarcelados...

Sentimos, inusitadamente, ruidos, carreras, voces y lamentaciones. Las gentes corrían gritando y de pronto oímos un sonido estridente, característico, como el pitear de un buque perdido. Una voz gritó cerca de la puerta:

—¡Un naufragio!

Salimos despavoridos, en carrera loca, hacia la calle. El pueblo corría hacia la ribera. Mamá empezó a llorar. En ese momento apareció mi padre y nos dijo:

—Un naufragio. Hace una hora que he despachado el buque. Seguramente ha encallado...

El buque llamaba con un silbido doloroso, como si se quejara de un agudo dolor, implorante, solemne, frío. La luna seguía opacada. Salimos todos a la playa y pudimos ver que el barco hacía girar un reflector y que del muelle salían unos botes en su ayuda.

El pueblo se preparaba. Estaba reunido alrededor de la orilla, alistaba febrilmente sus embarcaciones, algunos habían sacado linternas y farolillos y auscultaban el aire. Una voz ronca recorría la playa como una ola, pasaba de boca en boca y estallaba:

—¡Un naufragio!

Era el eterno enemigo de la gente de mar, de los pescadores, que se lanzaban en los frágiles botes, de las mujeres que los esperaban temerosas, a la caída de la tarde; el eterno enemigo de todos los que viven a la orilla... El terrible enemigo contra el que luchan todas las creencias y supersticiones de los pueblos costaneros; que surge de repente, que a veces es el remolino desconocido y siniestro que lleva a los pescadores hacia un vórtice extraño y no los deja volver más a la costa; otras veces el peligro surge en forma de viento que aleja de la costa las embarcaciones para perderlas en la inmensidad azul y verde del mar. Y siempre que aparece este espíritu desconocido y sorpresivo las gentes sencillas vibran y oran al apóstol pescador su patrón y guía, porque seguramente alguna vida ha sido sacrificada.

Aún oímos el rumor de las gentes del mar. Cuando empezó a retirarse, se apagaron los reflectores y el piteo cesó. Nadie comprendía por qué el barco se alejaba; pero, cuando éste se perdía hacia el sur, todo el pueblo, pensativo, silencioso e inmenso, regresó por las calles y se encaminó a la plaza en la que Judas iba a ser sacrificado. Mamá no quiso ir, pero papá y yo fuimos a verle.

Caminábamos todo el barrio del Castillo, y al terminarlo y entrar a la plazoleta, la fiesta se anunció con una viva luz sangrienta. A los pies de Judas ardía una enorme y roja llamarada que hacía nubes de humo y que iluminaba por dentro el deforme cuerpo del condenado a quien yo quería ver de frente.

Pero al verlo tuve miedo. Miedo de sus grandes ojos que se iluminaban de un tono casi rosado. Busqué entre los que nos rodeaban a la señora blanca, pero no la ví. La plaza estaba llena, el pueblo la ocupaba toda y de pronto, de la casa que estaba a la espalda de Judas y que daba frente al mar, salieron varios hombres con hachones encendidos y avanzaron entre la multitud hacia Judas.

—¡Ya lo van a quemar! gritó el pueblo. Los hombres llegaron. Los hachones besaron los pies del traidor y una llama inmensa apareció violentamente. Acercaron un barril de alquitrán y la llamarada aumentó.

Entonces fue el prodigio. Al encenderse el cuerpo de Judas, los ojos con el reflejo de la luz tornáronse rojos, con un rojo iracundo y amenazador; y como si toda aquella gente semiperdida en la oscuridad y en las llamas, hubiera pensado en los ojos del ajusticiado, siguió la mirada sangrienta de éste que fue a detenerse en el mar. Un punto negro había al final de la mirada que casi todo el pueblo señaló. Un golpe de luz de la luna iluminó el punto lejano y el pueblo, que aquella noche estaba como poseído de una extraña preocupación, gritó abandonando la plaza y lanzándose a la orilla:

—¡Un ahogado, un ahogado!...

Se produjo un tumulto horrible. Un clamor general que tenía algo de plegaria y de oración, de maldición pavorosa y de tragedia, se elevó hacia el mar, en esa noche sangrienta.

—¡Un ahogado!

El punto era traído mansamente por las olas hacia la playa. Al grito unánime siguió un silencio absoluto en el que podía percibirse el ruido manso del mar. Cada uno de los allí presentes esperaba la llegada del desconocido cadáver, con un presentimiento doloroso y silente. La luna empezó a clarear. Debía ser muy tarde y por fin se distinguió un cadáver ya muy cerca de la orilla, que parecía tener encima una blanca sábana. La luna tuvo una coloración violeta y alumbró aún el cadáver que poco a poco iba acercándose.

—¡Un marinero! gritaron algunos.

—¡Un niño! dijeron otros.

—¡Una mujer! exclamaron todos. Algunos se lanzaron al mar y sacaron el cadáver a la orilla. El pueblo se agrupó al derredor. Le clavaban las luces de las linternas, se peleaban por verle, pero como allí en la orilla no hubiese luz bastante, lo cargaron y llevaron hacia los pies de Judas que aún ardía en el centro de la plaza. Todo el pueblo volvía a ella y con él yo cogido siempre de la mano de papá. Llegaron, colocaron en tierra el cadáver y ardió el último resto del cuerpo de Judas quedando sólo la cabeza, cuyos dos ojos ya no miraban a ningún lugar sino a todos. Yo tenía una extraña curiosidad por ver el cadáver. Mi padre seguramente no deseaba otra cosa, hizo abrir sitio y como las gentes de mar lo conocían y respetaban, le hicieron pasar y llegamos hasta él.

Vi un grupo de hombres todos mojados, con la cabeza inclinada teniendo en la mano sus sombreros, silenciosos, rodeando el cadáver, vestido de blanco, que estaba en el suelo. Ví las telas destrozadas y el cuerpo casi desnudo de una mujer. Fue una horrible visión que no olvido nunca. La cabeza echada hacia atrás, cubierto el rostro con el cabello desgreñado. Un hombre de esos se inclinó, descubrió la cara y entonces tuve la más horrible sensación de mi vida. Di un grito extraño, inconsciente y me abracé a las piernas de mi padre.

—Papá, papá, si es la señora *blanca*! ¡La señora *blanca*, papá!...

Creí que el cadáver me miraba, que me reconocía; que Judas ponía sus ojos sobre él y dí un segundo grito más fuerte y terrible que el primero.

—¡Sí; perdono a Judas, *señora blanca*, sí lo perdono!...

Padre me cogió como loco, me apretó contra su pecho, y yo, con los ojos muy abiertos, vi, mientras que mi padre me llevaba, rojos y sangrientos, acusadores, siniestros y terribles los ojos de Judas que miraban por última vez, mientras el pueblo se desgranaba silencioso y unos cuantos hombres se inclinaban sobre el cadáver blanco.

Ocultábase la luna...

EL VUELO DE LOS CÓNDORES

(*Fragmentos*)

.....

II

Soñé con el circo. Claramente aparecieron en mi sueño todos los personajes. Vi desfilar a todos los animales. El payaso, el oso, el mono, el caballo, y, en medio de ellos, la niña rubia, delgada, de ojos negros, que me miraba sonriente. ¡Qué buena debía ser esa criatura tan callada y delgaducha! Todos los artistas se agrupaban, bailaba el oso, pirueteaba el payaso, giraba en la barra el hombre fuerte, en su caballo blanco daba vueltas al circo una bella mujer, y todo se iba borrando en mi sueño, quedando sólo la imagen de la desconocida niña con su triste y dulce mirada lánguida.

Llegó el sábado. Durante el almuerzo, en mi casa, mis hermanos hablaron del circo. Exaltaban la agilidad del barrista, el mono era un prodigio, jamás había llegado un payaso más gracioso que «Confitito»; qué oso tan inteligente; y luego... todos los jóvenes de Pisco iban a ir aquella noche al circo...

Papá sonreía aparentando seriedad. Al concluir el almuerzo sacó pausadamente un sobre.

—Entradas! —cuchichearon mis hermanos.

—Sí, entradas. ¡Espera!...

—Entradas! —insistía el otro.

El sobre fue al poder de mi madre.

Levantóse papá y con él la solemnidad de la mesa; y todos saltando de nuestros asientos, rodeamos a mi madre.

—¿Qué es? ¿Qué es?...

—Estarse quietos o... no hay nada!

Volvimos a nuestros puestos. Abrióse el sobre y ¡Oh, papelillos morados!

Eran las entradas para el circo; venía dentro un programa. ¡Qué programa!

¡Con letras enormes y con los artistas pintados! Mi hermano mayor leyó.

¡Qué admirable maravilla!

El afamado barrista Kendall, el hombre de goma; el célebre domador Mister Glandys, la bellísima amazona Miss Blutner con su caballo blanco, el caballo matemático, el graciosísimo payaso «Confitito», rey de los payasos del Pacífico, y su mono; y el extraordinario y emocionante espectáculo «El vuelo de los cóndores», ejecutado por la pequeñísima artista Miss Orquídea.

Me dio una corazonada. La niña no podía ser otra... Miss Orquídea. Y esa niña frágil y delicada iba a realizar aquel prodigio? Celebraban alborozados mis hermanos el circo, y yo, pensando me fui al jardín, después a la escuela, y aquella tarde no atravesé palabra con ninguno de mis camaradas.

...

La música comenzó con el programa: «obertura por la banda». Presentación de la compañía. Salieron los artistas en doble fila. Llegaron al centro de la pista y saludaron a todas partes, con una actitud uniforme, graciosa y peculiar; en el centro, Miss Orquídea, con su admirable cuerpecito, vestida de punto, con zapatillas rojas sonreía.

Salió el barrista, gallardo, musculoso, con sus negros espesos y retorcidos bigotes. ¡Qué bien peinado saludo! Ya estaba lista la barra. Sacó un pañuelo de un bolsillo secreto en el pecho, colgóse, jiró retorcido, vertiginosamente, paróse en la barra, pendió de corvas, de brazos, de vientre, hizo rehilete y, por fin, dio un gran salto mortal y cayó en la alfombra, en el centro del circo. Gran aclamación. Agradeció. Después todos los números del programa. Pasó Miss Blutner corriendo en su caballo; contó éste con la pata desde uno hasta diez; a una pregunta que le hizo su ama si dos y dos eran cinco, contestó negativamente con la cabeza, en convencido ademán. Salió mister Gladys con su oso; bailó éste acompasado y socarrón, pirueteó el mono, se golpeó varias veces el payaso y, por fin, el público exclamó al terminar el segundo entreacto:

—¡El vuelo de los cóndores!

V

Un estremecimiento recorrió todos mis nervios. Dos hombres de casaca roja pusieron en el circo, uno frente a otro, unos estrados altos, altísimos, que llegaban hasta tocar la carpa. Dos trapecios colgados del centro mismo de ésta oscilaban. Sonó la tercera campanada y apareció entre dos artistas Miss Orquídea, con su apacible sonrisa; llegó al centro, saludó graciosamente, colgóse de una cuerda y la ascendieron al estrado. Paróse en él delicadamente, como una golondrina en un alero breve. La prueba consistía en que la niña tomase el trapecio que pendiendo del centro, le acercaban con unas cuerdas a la mano y, colgada de él, atravesara el espacio, donde otro trapecio la esperaba debiendo en la gran altura cambiar del trapecio y detenerse nuevamente en el estrado opuesto. Se dieron voces, se soltó el trapecio opuesto, y en el suyo la niña se lanzó mientras el bombo—detenida la música—producía un ruido siniestro y monótono. ¡Qué miedo, que dolorosa ansiedad! ¡Cuánto habría dado yo por que aquella niña rubia y triste no volase! Serenamente realizó la peligrosa hazaña. El público silencioso y casi inmóvil la contemplaba, y cuando la niña se

instaló nuevamente en el estrado y saludó, segura de su triunfo, el público la aclamó con vehemencia. La aclamó mucho. La niña bajó, el público seguía aplaudiendo. Ella, para agradecer, hizo unas pruebas difíciles en la alfombra, se curvó su cuerpecito, se retorció como un aro, y enroscada, jiraba, jiraba, como un extraño monstruo el cabello despeinado, el color encendido. El público aplaudía más, y más. El hombre que la traía en el muelle de la mano habló algunas palabras con los otros. La prueba iba a repetirse.

Nuevas aclamaciones. La pobre niña obedeció al hombre adusto casi inconscientemente. Subió se dieron las voces. El público enmudeció, el silencio se hizo en el circo y yo hacía votos, con los ojos fijos en ella, porque saliese bien de la prueba. Sonó una palmada y Miss Orquídea se lanzó... ¿Qué le pasó a la pobre niña? Nadie lo sabía. Cogió mal el trapecio, se soltó a destiempo, titubeó un poco, dio un grito profundo, horrible, pavoroso y cayó como una avecilla herida en el vuelo, sobre la red del circo, que la salvó de la muerte. Rebotó en ella varias veces. El golpe fue sordo. La recogieron, escupió, escupió y vi mancharse de sangre su pañuelo, perdida en brazos de esos hombres y en medio del clamor de la multitud.

Papá nos hizo salir, cruzamos las calles, tomamos el cochecito y yo, mudo y triste, oyendo los comentarios, no sé qué cosas pensaba contra esa gente. Por primera vez comprendí entonces que había hombres muy malos...

VI

Pasaron algunos días. Yo recordaba siempre con tristeza a la pobre niña; la veía entrar al circo, vestida de punto, sonriente, pálida; la veía después caída, escupiendo sangre en el pañuelo. ¿Dónde estaría? El circo seguía funcionando. Mi padre no quiso que fuéramos más. Pero ya no daban el Vuelo de los cóndores. Los artistas habían querido explotar la piedad del público haciendo palpable la ausencia de Miss Orquídea.

El sábado siguiente, cuando había vuelto de la escuela y jugaba en el jardín con mi hermana, oímos música.

—¡El convite! Los volatineros...

Salimos en carrera loca. ¿Vendría Miss Orquídea?...

¡Con qué ansia vi acercarse el desfile! Pasó el bombo sordo con sus golpes definitivos, los músicos con sus bronces ensortijados, los platillos estridentes, los acróbatas, y, después el caballo de Miss Orquídea, solo, con un listón negro en la cabeza... Luego el resto de la farándula, el mono impasible haciendo sus eternas muecas sin sentido... ¿Dónde estaba Miss Orquídea?...

No quise ver más, entré a mi cuarto y por primera vez, sin saber porqué lloré a escondidas la ausencia de la pobrecita artista.

VII

Algunos días más tarde, al ir, después del almuerzo, a la escuela, por la orilla del mar, al pie de las casitas que llegan hasta la ribera y cuyas escalas mojan las olas a ratos, salpicando las terrazas de madera, sentéme a descansar, contemplando el mar tranquilo y el muelle, que a la izquierda quedaba. Volví la cara al oír unas palabras en la terraza que tenía a mi espalda y vi algo que me inmovilizó. Vi una niña muy pálida, muy delgada, sentada, mirando desde allí el mar. No me equivocaba era Miss Orquídea, en un gran sillón de brazos, envuelta en una manta verde, inmóvil.

Me quedé mirándola largo rato. La niña levantó hacia mí los ojos y me miró dulcemente. ¡Cuan enferma debía estar! Seguí a la escuela y por la tarde volví a pasar por la casa. Allí estaba la enfermita, sola. La miré cariñosamente desde la orilla; esta vez la enferma sonrió, sonrió. ¡Ah, quién pudiera ir a su lado a consolarla! Volví al otro día, y al otro, y así

durante ocho días. Éramos como amigos. Yo me acercaba a la baranda de la terraza, pero no hablábamos. Siempre nos sonreíamos mudos y yo estaba mucho tiempo a su lado.

El noveno día me acerqué a la casa. Miss Orquidea no estaba. Entonces tuve una sospecha: había oído decir que el circo se iba pronto. Aquel día salía vapor. Eran las once, crucé la calle y atravesé el jirón de la Aduana. En el muelle vi a algunos de los artistas con maletas y líos, pero la niña no estaba. Me encaminé a la punta del muelle y esperé en el embarcadero. Pronto llegaron los artistas en medio de gran cantidad de pueblo y granujas que rodeaban al mono y al payaso. Y entre Miss Blutner y Kendall, cogida de los brazos, caminando despacio, tosiendo, tosiendo, la bella criatura. Metíme entre las gentes para verla bajar al bote desde el embarcadero. La niña buscó algo con los ojos, me vio, sonrió muy dulcemente conmigo y me dijo al pasar junto a mí.

—Adiós...

—Adiós...

Mis ojos la vieron bajar en brazos de Kendall al botecillo inestable; la vieron alejarse de los mohosos barrotes del muelle; y ella me miraba triste con los ojos húmedos; sacó su pañuelo y lo agitó mirándome; yo la saludaba con la mano, y así se fue esfumando, hasta que sólo se distinguía el pañuelo como una paloma agonizante, y por fin, no se vio más que el bote pequeño que se perdía tras el vapor...

Volví a mi casa, y a las cinco, cuando salí de la Escuela, sentado en la terraza de la casa vacía, en el mismo sitio que ocupara la dulce amiga, vi perderse a lo lejos en la extensión marina el vapor, que manchaba con su cabellera de humo el cielo sangriento del crepúsculo.

EL CABALLERO CARMELO

(1918)

Un día, después del desayuno, cuando el sol empezaba a calentar, vimos aparecer, desde la reja, en el fondo de la plazoleta, un jinete en bellissimo caballo de paso, pañuelo al cuello, que agitaba el viento, sampedrano pellón de sedosa cabellera negra, y henchida alforja, que picaba espuelas en dirección a la casa.

Reconocímosle. Era el hermano mayor que, años corridos, volvía. Salimos atropelladamente gritando: ¡Roberto! ¡Roberto!

Entró el viajero al empedrado patio donde el ñorbo y la campanilla enredábanse en las columnas como venas en un brazo, y descendió en los de todos nosotros. ¡Cómo se regocijaba mi madre! Tocábalo, acariciaba su tostada piel, encontrábalo viejo, triste, delgado. Con su ropa empolvada aún, Roberto recorría las habitaciones rodeado de nosotros; fue a su cuarto, pasó al comedor, vio los objetos que se habían comprado durante su ausencia y llegó al jardín:

—¿Y la higuera? —dijo.

Buscaba, entristecido, aquel árbol cuya semilla sembrara él mismo antes de partir. Reímos todos:

—¡Bajo la higuera estás!...

El árbol había crecido y se mecía armoniosamente con la brisa marina. Tocóle mi hermano, limpió cariñosamente las hojas que le rozaban la cara y luego volvimos al comedor. Sobre la mesa estaba la alforja rebosante: sacaba él, uno a uno, los objetos que traía y los iba entregando a cada uno de nosotros. ¡Qué cosas tan ricas! ¡Por dónde había viajado! Quesos frescos y blancos envueltos por la cintura con paja de cebada, de la quebrada de Humay; chancacas hechas con cocos, nueces, maní y almendras; frijoles colados, en sus redondas calabacitas, pintadas encima con un rectángulo del propio dulce, que indicaba la tapa, de Chinchá Baja; bizcochuelos en sus cajas de papel, de yema de huevo y harina de papas, leves, esponjosos, amarillos y dulces; santitos de «piedra de Guamanga» tallados en



Ilustración de «El caballero Carmelo» (De *Turismo*, núm. 139. Lima, abril 1948)

la feria serrana; cajas de manjar blanco, tejas rellenas, y una traba de gallo con los colores blanco y rojo. Todos recibíamos el obsequio, y él iba diciendo al entregármolos:

—Para mamá... para Rosa... para Jesús... para Héctor...

¿Y para papá? —le interrogamos, cuando terminó:

—Nada...

—¿Cómo? ¿Nada para papá?...

Sonrió el amado, llamó al sirviente y le dijo: —¡El «Carmelo»!

A poco volvió éste con una jaula y sacó de ella un gallo, que, ya libre, estiró sus cansados miembros, agitó las alas y cantó estentóreamente:

—¡Cocorocóooo!...

—¡Para papá! —dijo mi hermano.

Así entró en nuestra casa este amigo íntimo de nuestra infancia, ya pasada, a quien acaeciera historia digna de relato; cuya memoria perdura aún en nuestro hogar como una sombra alada y triste: el «Caballero Carmelo».

II

Amanecía en Pisco, alegremente. A la agonía de las sombras nocturnas, en el frescor del alba, en el radiante despertar del día, sentíamos los pasos de mi madre en el comedor, preparando el café para papá. Marchábase éste a la oficina. Despertaba ella a la criada, chirriaba la puerta de la calle con sus mohosos goznes; oíase el canto del gallo que era contestado a intervalos por todos los de la vecindad; sentíase el ruido del mar, el frescor de la mañana, la alegría sana de la vida. Después mi madre venía a nosotros, nos hacía rezar, arrodillados en la cama con nuestras blancas camisas de dormir, vestíamos luego,

y, al concluir nuestro tocado, se anunciaba a lo lejos la voz del panadero, llegaba éste a la puerta y saludaba. Era un viejo dulce y bueno, y hacía muchos años, al decir de mi madre, que llegaba todos los días a la misma hora con el pan calentito y apetitoso, montado en su burro, detrás de los dos «capachos» de acero, repletos de toda clase de pan: hogazas, pan francés, pan de mantecado, rosquillas...

Madre escogía el que habíamos de tomar y mi hermana Jesús lo recibía en el cesto. Marchábase el viejo, y nosotros, dejando la provisión sobre la mesa del comedor, cubierta de hule brillante, íbamos a dar de comer a los animales. Cogíamos las mazorcas de apretados dientes, las desgranábamos en un cesto y entrábamos al corral donde los animales nos rodeaban. Volaban las palomas, picoteábanse las gallinas por el grano, y entre ellas escabullíanse los conejos. Después de su frugal comida hacían grupo alrededor nuestro. Venía hasta nosotros la cabra, refregando su cabeza en nuestras piernas; piaban los pollitos; tímidamente se acercaban los conejos blancos, con sus largas orejas, sus redondos ojos brillantes y su boca de niña presumida; los patitos, recién «sacados», amarillos como yema de huevo, trepaban en un panto de agua; cantaba, desde su rincón, entrabado, el «Carmelo»; y el pavo siempre orgulloso, alharaquero y antipático, hacía por desdeñarnos, mientras los patos, balanceándose como dueñas gordas, hacían por lo bajo comentarios, sobre la actitud poco gentil del petulante.

Aquel día, mientras contemplábamos a los discretos animales, escapóse del corral «el Pelado», un pollón sin plumas, que parecía uno de aquellos jóvenes de 17 años, flacos y golosos; pero «el Pelado» a más de eso era pendenciero y escandaloso, y aquel día, mientras la paz era en el corral, y los otros comían el modesto grano, él, en pos de mejores viandas, habíase encaramado en la mesa del comedor y roto varias piezas de nuestra limitada vajilla.

En el almuerzo tratóse de suprimirlo, y, cuando mi padre supo sus fechorías, dijo pausadamente:

—Nos lo comeremos el domingo...

Defendiólo mi tercer hermano, Anfiloquio, su poseedor, suplicante y lloroso. Dijo que era un gallo que haría crías espléndidas. Agregó que desde que había llegado el «Carmelo» todos miraban mal al «Pelado», que antes era la esperanza del corral y el único que mantenía la aristocracia de la afición y de la sangre fina.

—¿Cómo no matan —decía en su defensa del gallo— a los patos que no hacen más que ensuciar el agua, ni al cabrito que el otro día aplastó un pollo, ni al puerco que todo lo enloda y sólo sabe comer y gritar, ni a las palomas que traen mala suerte?...

Se adujo razones. El cabrito era un bello animal, de suave piel, alegre, simpático, inquieto, cuyos cuernos apenas apuntaban; además no estaba comprobado que hubiera muerto al pollo. El puerco mofletudo había sido criado en casa desde pequeño. Y las palomas, con sus alas de abanico, eran la nota blanca, subíanse a la cornisa a conversar en voz baja, hacían sus nidos con amoroso cuidado y se sacaban el maíz del buche para darlo a sus polluelos.

El pobre «Pelado» estaba condenado. Mis hermanos pidieron que se le perdonase, pero las roturas eran valiosas y el infeliz sólo tenía un abogado, mi hermano y un señor de poca influencia. Viendo ya perdida su defensa y estando la audiencia al final, pues iban a partir la sandía, inclinó la cabeza. Dos gruesas lágrimas cayeron sobre el plato, como un sacrificio y un sollozo se ahogó en su garganta. Callamos todos. Levantóse mi madre, acercóse al muchacho, lo besó en la frente, y le dijo:

—No llores, no nos lo comeremos...

III

Quien sale de Pisco, de la plazuela sin nombre, salitrosa y tranquila, vecina a la Estación, y torna por la calle del Castillo que hacia el sur se alarga, encuentra, al terminar, una plazuela, donde quemaban a Judas el Domingo de Pascua de Resurrección, desolado

lugar en cuya arena verdeguean a trechos las malvas silvestres. Al lado del Poniente, en vez de casas, extiende el mar su manto verde, cuya espuma teje complicados encajes al besar la húmeda orilla.

Termina en ella el puerto y, siguiendo hacia el Sur, se va por estrecho y arenoso camino, a diestra el mar y a izquierda mano angostísima faja, ora fértil, ora infecunda, pero escarpada siempre, detrás de la cual, a oriente, extiéndose el desierto cuya entrada vigilan, de trecho en trecho, como centinelas, una que otra palmera desmembrada, alguna higuera nervuda y enana y los «toñuces» siempre coposos y frágiles. Ondeas en el terreno la «hierba del alacrán», verde y jugosa al nacer, quebradiza en sus mejores días, y en la vejez bermeja como sangre de buey. En el fondo del desierto, como si temieran su silenciosa aridez, las palmeras únense en pequeños grupos, tal como lo hacen los peregrinos al cruzarlo y, ante el peligro, los hombres.

Siguiendo el camino, divisase en la costa, en la borrosa y vibrante vaguedad marina, San Andrés de los Pescadores, la aldea de sencillas gentes, que eleva sus casuchas entre la rumorosa orilla y el estéril desierto. Allí las palmeras se multiplican y las higueras dan sombra a los hogares, tan plácida y fresca, que parece que no fueran malditas del buen Dios, o que su maldición hubiera caducado; que bastante castigo recibió la que sostuvo en sus ramas al traidor, y todas sus flores dan fruto que al madurar revientan.

En tan peregrina aldea, de caprichoso plano, levántanse las casuchas de frágil caña y estera leve junto a las palmeras que a la puerta vigilan; limpio y brillante, reposando en la arena blanda sus caderas amplias, duerme, a la puerta, el bote pescador, con sus velas plegadas, sus remos tendidos como tranquilos brazos que descansan, entre los cuales yacen, con su muda y simbólica majestad, el timón grácil, la calabaza que «achica» el agua mar afuera y las sogas retorcidas como serpientes que duermen. Cubre, piadosamente, la pequeña nave, cual blanca mantilla, la pescadora red circundada de caireles de liviano corcho.

En las horas del medio día, cuando el aire en la sombra invita al sueño, junto a la nave, teje la red el pescador abuelo; sus toscos dedos añudan el lino que ha de enredar al sorprendido pez; raspa la abuela el plateado lomo de los que la vispera trajo la nave; saltan al sol, como chispas, las escamas, y el perro husmea en los despojos. Al lado, en el corral que cercan enormes huesos de ballenas, trepan los chiquillos desde la orilla; mientras, bajo la ramada, el más fuerte pule el remo; la moza, fresca y ágil, saca agua del pozuelo y las gaviotas alborozadas recorren la mansión humilde dando gritos extraños.

Junto al bote, duerme el hombre del mar, el fuerte mancebo, embriagado por la brisa caliente y por la tibia emanación de la arena, su dulce sueño de justo, con el pantalón corto, las musculosas pantorrillas cruzadas, y en cuyos duros pies de redondos dedos, piérdense, como escamas, las diminutas uñas. La cara tostada por el aire y el sol, la boca entreabierta que deja pasar la respiración tranquila, y el fuerte pecho desnudo que se levanta rítmicamente, con el ritmo de la Vida, el más armonioso que Dios ha puesto sobre el mundo.

Por las calles no transitan al medio día las personas y nada turba la paz de aquella aldea, cuyos habitantes no son más numerosos que los dátiles de sus veinte palmeras. Iglesia ni cura habían, en mi tiempo, las gentes de San Andrés. Los domingos, al clarear el alba, iban al puerto, con los jumentos cargados de corvinas frescas y luego en la capilla cumplían con Dios. Buenas gentes, de dulces rostros, tranquilo mirar, morigeradas y sencillas, indios de la más pura cepa, descendientes remotos y ciertos de los hijos del Sol, cruzaban a pie todos los caminos, como en la Edad Feliz del Inca atravesaban en caravana inmensa la costa para llegar al templo y oráculo del buen Pachacamac, con la ofrenda en la alforja, la pregunta en la memoria y la Fe en el sencillo espíritu.

Jamás riña alguna manchó sus claros anales; morales y austeros, labios de marido besaron siempre labios de esposa; y el amor, fuente inagotable de odios y maldecires, era, entre ellos, tan normal y apacible como algunos de sus pozos. De fuertes padres, nacían, sin comadronas, rozagantes muchachos, en cuyos miembros la piel hacía gruesas arrugas; aires marinos henchían sus pulmones, y crecían sobre la arena caldeada, bajo el sol ubérrimo,

hasta que aprendían a lanzarse al mar y a manejar los botes de piquete que, zozobrando en las olas, les enseñaban a domeñar la marina furia.

Maltones, musculosos, inocentes y buenos, pasaban su juventud hasta que el cura de Pisco unía a las parejas que formaban un nuevo nido, compraban un asno y se lanzaban a la felicidad, mientras las tortugas centenarias del hogar paterno veían desenvolverse, impasibles, las horas; filosóficas, cansadas y pesimistas, mirando con llorosos ojos desde la playa, el mar, al cual no intentaban volver nunca; y al crepúsculo de cada día lloraban, lloraban, pero, hundido el sol, metían la cabeza bajo la concha poliédrica y dejaban pasar la vida llenas de experiencia, sin Fe, lamentándose siempre del perenne mal, pero inactivas, inmóviles, infecundas y solas...

IV

Esbelto, magro, musculoso y austero, su afilada cabeza roja era la de un hidalgo altivo, caballeroso, justiciero y prudente. Agallas bermejas, delgada cresta de encendido color, ojos vivos y redondos, mirada fiera y perdonadora, acerado pico agudo. La cola hacía un arco de plumas tornasoles, su cuerpo de color caramelo avanzaba en el pecho audaz y duro. Las piernas fuertes que estacas musulmanas y agudas defendían, cubiertas de escamas, parecían las de un armado caballero medioeval.

Una tarde, mi padre, después del almuerzo, nos dio la noticia. Había aceptado una apuesta para la jugada de gallos de San Andrés, el 28 de julio. No había podido evitarlo. Le habían dicho que el «Carmelo», cuyo prestigio era mayor que el del alcalde, no era un gallo de raza. Molestóse mi padre. Cambiáronse frases y apuestas; y aceptó. Dentro de un mes toparía el «Carmelo» con el «Ajisecho» de otro aficionado, famoso gallo vencedor, como el nuestro en muchas lides singulares. Nosotros recibimos la noticia con profundo dolor. El «Carmelo» iría a un combate y a luchar a muerte, cuerpo a cuerpo, con un gallo más fuerte y más joven. Hacía ya tres años que estaba en casa, había él envejecido mientras crecíamos nosotros. ¿Por qué aquella crueldad de hacerlo pelear?

Llegó el terrible día. Todos en casa estábamos tristes. Un hombre había venido seis días seguidos a preparar el «Carmelo». A nosotros ya no nos permitían ni verlo. El día 28 de julio, por la tarde, vino el preparador y de una caja llena de algodones sacó una media luna de acero con unas pequeñas correas: era la navaja, la espada del soldado. El hombre la limpiaba, probándola en la uña, delante de mi padre. A los pocos minutos, en silencio, con una calma trágica, sacaron al gallo que el hombre cargó en sus brazos como a un niño. Un criado llevaba la cuchilla y mis dos hermanos lo acompañaron.

—¡Qué crueldad! —dijo mi madre.

Lloraban mis hermanas, y la más pequeña, Jesús, me dijo en secreto, antes de salir.

—Oye, anda junto con él... Cuidalo... ¡pobrecito!...

Llevóse la mano a los ojos, echóse a llorar y yo salí precipitadamente, y hube de correr unas cuerdas para poder alcanzarlos.

Llegamos a San Andrés. El pueblo estaba de fiesta. Banderas peruanas agitábanse sobre las casas por el día de la Patria, que allí sabían celebrar con una gran jugada de gallos a la que solían ir todos los hacendados y ricos hombres del valle. En ventorrillos, a cuya entrada había arcos de sauce envueltos en colgaduras, y de los cuales pendían alegres quitasueños de cristal, vendían chicha de bonito, butifarras, pescado fresco, asado en brasas y anegado en cebollones y vinagre. El pueblo los invadía, parlanchín y endomingado con sus mejores trajes. Los hombres de mar lucían camisetas nuevas de horizontales franjas rojas y blancas, sombreros de junco, alpargatas y pañuelos añudados al cuello.

Nos encaminamos a «la cancha». Una frondosa higuera daba acceso al circo, bajo sus ramas enar cadas. Mi padre, rodeado de algunos amigos, se instaló. Al frente estaba el juez y a su derecha el dueño del paladín «Ajisecho». Sonó una campanilla, acomodáronse las

gentes y empezó la fiesta. Salieron por lugares opuestos dos hombres, llevando cada uno un gallo. Lanzáronlos al ruedo con singular ademán. Brillaron las cuchillas, miráronse los adversarios, dos gallos de débil contextura, y uno de ellos cantó. Colérico respondió el otro echándose al medio del circo; miráronse fijamente; y alargaron los cuellos, erizadas las plumas, y se acometieron. Hubo ruido de alas, plumas que volaron, gritos de la muchedumbre y, a los pocos segundos de jadeante lucha, cayó uno de ellos. Su cabecita afilada y roja besó el suelo, y la voz del juez:

—¡Ha enterrado el pico, señores!

Batió las alas el vencedor. Aplaudió la multitud enardecida, y ambos gallos, sangrando, fueron sacados del ruedo. La primera jornada había terminado. Ahora entraba el nuestro: El «Caballero Carmelo». Un rumor de espectación vibró en el circo:

—El Ajisecho y el Carmelo!

—Cien soles de apuesta!...

Sonó la campanilla del juez y yo empecé a temblar.

En medio de la espectación general salieron los dos hombres, cada uno con su gallo. Se hizo un profundo silencio y soltaron a los dos rivales. Nuestro Carmelo al lado del otro era un gallo viejo y achacoso; todos apostaban al enemigo, como augurio de que nuestro gallo iba a morir. No faltó aficionado que anunciara el triunfo del Carmelo pero la mayoría de las apuestas favorecían al adversario. Una vez frente al enemigo, el Carmelo empezó a picotear, agitó las alas y cantó estentóreamente. El otro, que en verdad no parecía ser un gallo fino de distinguida sangre y alcuernia, hacía cosas tan petulantes cuan humanas: miraba con desprecio a nuestro gallo y se paseaba como dueño de la cancha. Enardecieronse los ánimos de los adversarios, llegaron al centro y alargaron sus erizados cuellos, tocándose los picos sin perder terreno. El Ajisecho dio la primera embestida; entablóse la lucha; las gentes presenciaban en silencio la singular batalla y yo rogaba a la Virgen que sacara con bien a nuestro viejo paladín.

Batiase él con todos los aires de un experto luchador, acostumbrado a las artes azarosas de la guerra. Cuidaba poner las patas armadas en el enemigo pecho, jamás picaba a su adversario, —que tal cosa es cobardía— mientras que éste, brabucón y necio, todo quería hacerlo a aletazos y golpes de fuerza. Jadeantes, se detuvieron un segundo. Un hilo de sangre corría por la pierna del Carmelo. Estaba herido, más parecía no darse cuenta de su dolor. Cruzáronse nuevas apuestas en favor del Ajisecho y las gentes felicitaban ya al poseedor del menguado. En su nuevo encuentro, el Carmelo cantó, acordóse de sus tiempos y acometió con tal furia que desbarató al otro de un solo impulso. Levántose éste y la lucha fue cruel e indecisa. Por fin, una herida grave hizo caer al Carmelo, jadeante...

—¡Bravo! ¡Bravo el Ajisecho!— gritaron sus partidarios, creyendo ganada la prueba.

Pero el juez, atento a todos los detalles de la lucha y con acuerdo de cánones, dijo:

—Todavía no ha enterrado el pico, señores!

En efecto, incorporóse el Carmelo. Su enemigo, como para humillarlo, se acercó a él, sin hacerle daño. Nació entonces, en medio del dolor de la caída, todo el coraje de los gallos de «Caucato». Incorporado el Carmelo, como un soldado herido, acometió de frente y definitivo sobre su rival, con una estocada que lo dejó muerto en el sitio. Fue entonces cuando el Carmelo, que se desangraba, se dejó caer, después que el Ajisecho había enterrado el pico. La jugada estaba ganada y un clamoreo incesante se levantó en la cancha. Felicitaron a mi padre por el triunfo, y, como esa era la jugada más interesante, se retiraron del circo, mientras resonaba un grito entusiasta:

—¡Viva el Carmelo!

Yo y mis hermanos lo recibimos y lo condujimos a casa, atravesando por la orilla del mar el pesado camino y soplando aguardiente bajo las alas del triunfador que desfallecía.

V

Dos días estuvo el gallo sometido a toda clase de cuidados. Mi hermana Jesús y yo le dábamos maíz, se lo poníamos en el pico: pero el probrecito no podía comerlo ni incorporarse. Una gran tristeza reinaba en la casa. Aquel segundo día, después del colegio, cuando fuimos yo y mi hermana a verlo, lo encontramos tan decaído que nos hizo llorar. Le dábamos agua con nuestras manos, le acariciábamos, le poníamos en el pico rojos granos de granada. De pronto el gallo se incorporó. Caía la tarde y, por la ventana del cuarto donde estaba, entró al luz sangrienta del crepúsculo. Acercóse a la ventana, miró la luz, agitó débilmente las alas y estuvo largo rato en la contemplación del cielo. Luego abrió nerviosamente las alas de oro, enseñoreóse y cantó. Retrocedió unos pasos, inclinó el tornasolado cuello sobre el pecho, tembló, desplomóse, estiró sus débiles patitas escamosas y, mirándonos, mirándonos amoroso, expiró apaciblemente.

Echamos a llorar. Fuimos en busca de mi madre, y ya no lo vimos más. Sombria fue la comida aquella noche. Mi madre no dijo una sola palabra y, bajo la luz amarillenta del lamparín, todos nos mirábamos en silencio. Al día siguiente, en el alba, en la agonía de las sombras nocturnas, no se oyó su canto alegre.

Así pasó por el mundo aquel héroe ignorado, aquel amigo tan querido de nuestra niñez: El Caballero Carmelo, flor y nata de paladines y último vástago.

MI AMIGO TENÍA FRÍO Y YO TENÍA UN ABRIGO CÁSCARA DE NUEZ

Para Antonio Pinilla Rambaud

Yo quiero más a los animales que a los hombres. Este amor a las bestias no es una generosidad heroica y franciscana; no. Es una simple ecuación afectiva; producto de una lógica experimental y justificada: todos mis dolores, mis íntimos dramas, la perpetua tortura de la vida se los debo a los hombres. En cambio, los animales nunca me han hecho daño. A los diez y siete años, cuando yo era más pobre de lo que soy, tenía un amigo íntimo. Uno de esos amigos de juventud, en esa época de infancia espiritual en que uno cree en la amistad, en el afecto inmortal y en la invariable gratitud, majaderías sentimentales y poéticas de joven ingenuo que la vida se encarga de desbaratar de un solo tajo. Aquel amigo era más infeliz y paupérrimo que yo. Él era friolento. Yo tenía un abrigo. (Un lindo abrigo, cáscara de nuez con sobrecuello de terciopelo y unos botones de coco que me daba un aire de universitario provinciano, hijo de familia «pobre pero honrada»). Mi amigo, que yo creía que llegaría a ser Presidente de la República y que es hoy mayor de guardias en la provincia andina de Parinacochas (Parinacochas, capital Coracora); mi amigo tenía frío y yo tenía un abrigo cáscara de nuez... ¡Con qué íntima complacencia volví aquella noche a mi cuartito después de haberle dado mi abrigo al que más tarde sería Presidente! Por aquellos dulces días yo tenía una enamorada. Era la tal, criatura anémica, de ojos encapotillados, pupilas color de pasa Italia, algo pecosa, más bien zamba que morena, hija de la señora del principal y mi locataria; ella solía esperarme en la puerta, con una blusa de percalina azul y un gran listón de moirée sobre los cabellos esponjosos. De aquel amor conservo una sensación de agua florida, su perfume favorito. Una tarde, día de su santo (llamábase Blanca María y se celebraba el 12 de octubre, fecha del descubrimiento de América), le hice un obsequio: compré en la pulpería de la esquina una botella de agua florida ¡oh diez y siete años adorables, oh amor tempranero, oh zambita ingenua, anémica y pecosa que eras para mí bella y perfecta como la Victoria de Samotracia, oh Blanca María, amor primerizo, oh romántica huachafa que libaste los más ardientes, sinceros y apasionados besos primiciales en mis «carnosos labios encendidos» ¿dónde estás? ¿qué hizo de ti la vida?

¿Has muerto? ¿Vives? Si existes aún, ¿recuerdas nuestros juramentos, mis juramentos de eterno amor? Yo no te iba a olvidar nunca, yo sería célebre, y me iba a casar contigo!... ¡Y pensar que si en una de estas tardes, cuando tomo el té en el Palais Cocert, enojado y magnífico, rodeado de mis admiradores y prosélitos, asediado por las codiciosas pupilas femeninas y las envidiosas miradas de los hombres, pensar que si tú te acercaras a mí, con tu blusa azul y tu lazo de moirée en la esponjada cabellera, y me llamaras por mi nombre, yo, hombre al fin, tal vez te respondería:

—¿Quién es esta chola que me llama? ¡Qué lisura! ¡Que se lleven de aquí a esa mondanpanes que me mancha el paisaje!...

Perdona lector y déjame seguir la veraz tragedia. Digo, o decía, que el día del santo de Blanca María compré una botella de «Agua de Florida de Lanman & Kemp», la envolví en un billete perfumado (no hagamos literatura: la envolví en una carta) y en ella puse estos versos que yo encontraba dignos de Chocano o de Teobaldo Elías Cripancho, o de López Albújar o de Hernán Velarde, los Victor Hugos de aquel tiempo, versos que empezaban así:

*Para llenar de felicidad mi alma quimérica,
ebria de amor y de melancolía,
el Hacedor te puso en el mundo, Blanca María,
tal día como hoy en que el gran Colón descubrió la América.*

Seguían tres cuartetos más del mismo estilo, laya y linaje, que no copio por explicable modestia y natural pudor. Para ofrecerle mi regalo, tuve el sibaritarismo de querer agregar al regalo, la sorpresa y yo, que solía verla a las once de la noche, amparado por la sombra, aceché y en momento propicio me metí al patio. ¡Nunca tuviera tal refinamiento generoso! Allí estaba Blanca María; sí. Era ella pero no recuerdo lo que pasó por mí. Al fin y al cabo era la primera traición que recibía en la vida; era la primera puñalada que recibía en el corazón, intacto todavía. Blanca María sollozante, con unos ojos delatadores; esos sollozos característicos de las mujeres de diez y siete años que tienen primos y que cosen para la calle, reposaba su cabecita esponjosa y zamba en el pecho de un hombre que estaba de espaldas hacia mí. Cada sollozo ¡lo recuerdo vivamente! cada sollozo estremecía su cuerpo «desde la nuca hasta los pies» y mientras la mano derecha acariciaba el pallar de la oreja del desconocido, la izquierda, abandonada pero firme, se perdía bajo el abrigo del menguado quien, dicho sea en justicia, tenía unas espaldas muy comparables a las de Hércules. Agregad, piadosos y compasivos lectores, a este cuadro vivo el siguiente diálogo inconexo que escuché y dadme la razón:

BLANCA MARÍA: —Fum!... Fum!... Fum! ¹⁷... Ay Caquito ¹⁸... Fum!... Si me irás a hacer desgraciada!... No vayas a querer abandonarme!...

CAQUITO: —Eso, jamás! Pero no debes hablar más con ese candelajón... No llores Mariita!... Estoy resuelto a todo! Cuidado que me quemas con el cigarro, hija!...

BLANCA MARÍA: —No importa. Ay, Dios me perdona, pero creo que hasta el infierno irá por tí!... Fum!... Fum!... Tú lo sabes además que no lo quiero. Pero si alguna simpatía le hubiera tenido créemelo Caquito... Fum!... Fum!... créemelo, se habría borrado con lo que me has contado del abrigo... Jesús! ¿Cómo pueden haber hombres así? Entrar a la casa de un compañero, so capa de amistad y robarle el abrigo! una prenda de vestir!... ¿Y cómo lo recuperaste? ¿lo mandaste preso? Fum!... Fum!... Ay, Caquito, ha podido hasta matarte!..... Fum!... Fum!... No se puede, hijo... vas a romper la cinta...

¹⁷ ¡Fum! Expresión gráfica del sollozo.

¹⁸ «Caquito» diminutivo amoroso de Camilo, usado por la falaz y traidora pecosa.

CAQUITO: —...*X...*¹⁹...X²⁰..... Te adoro, amor mío...*...*... otro, sí... sí... otro...
* ¿no lo verás más?..... jura*...X júrame... que no...*.

Yo no pude más. Arrojé con impetuosa violencia el paquete de «Agua de Florida de Lanman & Kemp» contra los malhechores de mi felicidad. El frasco estalló sobre el empedrado del patio. Sentí chirriar la puerta de la sala, como si alguien fuese a abrirla. Pensé en la madre de Blanca María y sólo puede articular este reproche y esta condenación sincera:

—Señorita: lo del abrigo es una infamia. Es mío. Se lo he prestado. Ese es un miserable!

Ella quiso balbucir pero yo la detuve: —.....y usted, una miserable!

Salí como loco. Me parecía que el mundo había cambiado, que las calles eran distintas, que estaba en otra ciudad, que yo era otro. Y era otro, efectivamente, porque todos los hombres cambian después de ser traicionados la primera vez. La salida de cierta muela precisa el cambio de estado entre la juventud y la varonía. Es un gran sistema, pero puede fallar. La gran muela, la muela que nunca se equivoca, la que marca inexorablemente la hora en que empezamos a ser hombres, esa muela es la primera traición que nos hace una mujer y el primer abrigo que nos roba un amigo, ya sea el abrigo del cuerpo, color cáscara de nuez, o el abrigo del alma, color azul de ilusión...

Al llegar a mi cuarto parecíame sentir un olor penetrante y odioso de «Agua de Florida de Lanman & Kemp».

(Lima, Penúltimo estertor de 1918).

NEURONAS

El bombo es el burgués de la orquesta. Es solemne, sonoro, rotundo, definitivo y hueco.

Una mujer bonita no debe ser inteligente; pero un hombre buen mozo siempre es bruto. Los buen mozos que lean esto dirán por primera vez: «Bueno, felizmente yo no soy tan buen mozo...».

Los patos tienen un aspecto de hombres de negocios: gordos, improvisados y de malos antecedentes.

El crepúsculo es un sollozo del sol. También se podría decir, que es la angustia de la tarde.

El de un universitario, es el estado natural del joven peruano.

Sacando a los analfabetos, las gentes del Perú se dividen en dos clases: una que siembra algodón y otra que escribe majaderías. A estos últimos solemos llamar generalmente escritores.

¹⁹ * Asterisco. Expresión gráfica del beso.

²⁰ X. Expresión gráfica de una respiración acelerada, angustiosa y urgente. (Las notas 17 a 20 son de Abraham Valdelomar).

Hay escritores que tienen el alma como una carreta de mudanza. Siempre hay algo atado, algo que se va a caer, algo que se rompe y un negro soez encima de todo.

La literatura de Maeterlinck produce el efecto, que nos haría de improviso, señales desde la luna, en una noche sombría.

El submarino es una especie de corvina grande con artillería. En cambio, la corvina no tiene artillería pero nunca se va a pique.

Hay mujeres que deberían tener nombres de calles. Esta se llamaría «Espalda de Santa Clara». Así los lugares donde hay varias mujeres reunidas y que tienen un nombre poco recatado, podrían llamarse *jirones* o *avenidas*.

El arte es la naturaleza vista a través de un espíritu; mejor aún, el arte es un instante de la naturaleza a través de un estado de alma; aún más un instante de infinito plasmado en una sensación.

Mi alma tiembla ante los hombres gordos como tiembla el cristal de una mampara cuando pasa una carreta.

A lo que los europeos llaman libélula, los peruanos llaman chupajeringa; ellos dicen ánade a lo que nosotros llamamos gallareta; ellos llaman cerdo a lo que nosotros llamamos chanco.

Hay personas suficientemente instintivas para horrorizarse cuando oyen hablar de la muerte. Sin embargo las hay suficientemente bestias para no temblar cuando oyen decir angustia.

Usando el lenguaje expresivo y concreto de la Cámara de Diputados del Perú, podríamos decir que Júpiter mangoneaba en el Olimpo.

Dos son los elementos esenciales para que se produzca la obra de arte: el hombre y la naturaleza. Como la naturaleza es eterna e inmutable, igual para todos, el más artista es el más sensible.

FRAGMENTO DE LA ENTREVISTA DE «BALNEARIOS» (14 DE ENERO DE 1917)

... ..

—¿Cuál es su autor favorito?

—Depende de las estaciones. En invierno me gustan las misteriosas tragedias de Maeterlinck. En otoño leo a Kempis, porque Kempis es otoñal. En primavera en los días luminosos

que aun no tienen el calor procaz del estío, me gusta Pitágoras. Pitágoras es abstracto y diáfano como un cielo de primavera cuyas nubes estuvieran preñadas de ideas. Pitágoras me hace el efecto de Colón, perdiéndose en los bosques de su tierra descubierta. Porque Pitágoras descubrió el número, el ritmo y la cadencia pero se perdió en divagaciones geniales: no llegó a precisar leyes. Y sólo la ley es verdad. En verano, leo a Rudyard Kipling. Kipling! A su lado fracasa Anatole France y resulta soso Voltaire. Pero ahora me entretengo con los versos de Robert Browning. ¿Conoce a Browning? ¿Se acuerda de aquel verso de la pluma de águila?

—¿Qué clase de escritores prefiere Ud?

—Los de un profundo lirismo viril, el gran poema a lo Whitman, a lo Chocano, la fantasía a base de una profunda ciencia como Wells, pero, sobre todo, la verdad de la vida diafanizada por un alto y dulce humorismo. Porque la vida es una gran tragedia que a veces da risa o es vulgar como una ridícula zarzuela llena de sangre. Por lo demás yo tengo una estética mía, propia, experimental. El valor estético más poderoso para mí, es objetivamente el que tiene más dosis de sugerencia y subjetivamente el que penetra más en el misterio. De allí mi admiración por Maeterlinck. Maeterlinck morirá loco. Es el genio que más ha penetrado en la sombra en pos de la Verdad Esencial. Me place Virgilio (oh Manus inerte tenebras) Horacio, Platón, Pitágoras y Esquilo... Oiga Vd., yo no quiero del todo al Dante. Hay párrafos del Dante que son una especie de tunda escrita en versos divinos. Admiro al Dante de la *Vita Nuova*, al Dante que no insulta, al Dante que no tiene la petulancia de tomar por cicerone a Virgilio. Porque Virgilio en la *Divina Comedia* es el cicerone de Dante. Y Vd. sabe lo que son los cicerones italianos. Yo los conozco...

—¿Ama Vd. la vida?

—Sí la amo, pero no estoy enamorado de ella, porque la amo con una gran inquietud. Yo soy un torturado.

—¿Por qué?

—Porque hace dos años tengo delante de mí dos caminos. Ramón y Cajal y los positivistas me convencieron de que todo concluye con la célula, pero un día vi el cielo con el telescopio y pensé en Dios. Yo no creo en un Dios con triangulito y con paloma en la cabeza. Soy cristiano sincero, creo en Dios, fuerza inefable, incorpórea, perfecta y justa. Cuando yo resuelva el problema de la supervivencia del espíritu me suicidaré...

—¿Por qué?

—Por curiosidad. La vida es simple lugar de tránsito. En la vida somos pasajeros de un hotel más o menos confortable. No deben interesarnos las veinticuatro horas que vamos a pasar en el hotel, sino el largo tiempo que vamos a estar fuera de él. Oh ¿qué nos importa la vida? Son cincuenta, sesenta años. Debe importarnos el más allá: millones y millones de siglos, lo definitivo, lo inevitable, lo que ha de venir. Acuérdesse Vd. de mis versos:

*Vendrá la muerte un día con su hoz enarcada,
nos tenderá los brazos al fin de la jornada.*

—¿Qué es lo que hoy le interesa más?

—Mi libro.

—¿Qué libro?

—Estoy escribiendo un libro sobre la estética del toreo, sobre el genio fantástico de Gaona. Voy a revelarle a la estética un arte nuevo. Gaona es el substractum de la Estética contemporánea. El arte universal se reúne en él...

—¿De qué hablará su libro?

—Del arte del toreo, del arte que los escritores no han visto aún o por lo menos no han manifestado todavía. Estudio la línea, el color, la actitud, los planos. El toreo es esta-

tuario, pletórico y musical, porque la música es ritmo. El toreo es, además, la vida entera: comedia, drama, tragedia. El toreo es la Danza. ¡Y Vd. sabe lo que es la Danza! Es la danza íntegra realizada delante de la Muerte. Es un símbolo sublime del arte ante la muerte. Cuando yo he visto a Gaona, he salido deprimido por la enorme emoción, por la tensión nerviosa que sufro. Vivo una vida en los toros. Ningún artista me ha hecho sentir más arte que Gaona. El toreo es un arte integral, viril, emocional, sensual, quizás humano y estimulante.

—¿Conoce Vd. a Gaona?

—Es muy amigo mío. Mi libro ha de gustarle. Ya hemos conversado mucho sobre ello.²¹

²¹ El libro se escribió sobre *Belmonte el Trágico* y no sobre Rodolfo Gaona. Gaona, torero mexicano estuvo en Lima en la temporada de 1917; Belmonte, sevillano, en la de 1918.